

Neorretórica, ¿una estrategia para la salvación?

Asun Bernárdez
Profesora del Departamento de Periodismo III de la UCM

“Tiene el discurso algo similar a las telarañas, pues descansa en las palabras, seduce a los ingenios endebles y desdeñosos y destroza a los más fuertes.”

Thomas Hobbes, De Corpore, III, 8

Es evidente que desde la segunda mitad del siglo XX existe un renovado interés por la Retórica, hasta ese momento una empolvada disciplina. Pero afirmar que estamos en la época de renacimiento de la Retórica ¿es lo mismo que decir que existe un interés por los discursos persuasivos?, ¿por la palabra y sus efectos?... ¿o tal vez significa que la Retórica aparece como una añoranza de un discurso totalizador explicativo después del desconcierto que ha provocado la crisis de la referencialidad del lenguaje que fue instalándose en todo el ámbito artístico y científico en la primera mitad del siglo XX? Lo que es evidente es que, de ser una disciplina (mas que despreciada y vilipendiada) olvidada sobre todo a partir del Romanticismo, la vieja Retórica (al menos el término), pasó a convertirse en el esperanzado elixir para curar todas las dispersiones y pérdidas a las que la postmodernidad parece habernos sometidos. Hablamos de Retórica como si fuese una disciplina concreta, cuando en realidad, bajo ese término se agrupan una serie de trabajos teóricos que tal vez tengan como único denominador común el interés por el estudio de los discursos. Lo que pretendo poner en evidencia es que eso que se ha denominado Neorretórica actual, y que se nos presenta como solución a múltiples problemas propios del postestructuralismo no es, ni lo ha sido nunca, un método, sino una perspectiva o perspectivas específicas sobre las distintas formas de estudiar el discurso.

Como afirma Barthes, la Retórica en realidad no ha sido nunca una disciplina homogénea, sino un “Metalenguaje (cuyo lenguaje-objeto fue el “discurso”) que reinó en occidente desde el siglo V a. Cto. al siglo XIX”¹, y que desde sus orígenes fue varias cosas: una técnica, un arte para convencer, una enseñanza, una ciencia o proto-ciencia, una moral, y además una práctica social que generaba una división entre los que la poseían y los que no, y también, un ejercicio lúdico en cuanto puede enseñarnos la forma de liberarnos de todo el sistema represor que conlleva toda práctica lingüística.

Por otra parte, la Retórica, también desde sus orígenes fue considerada un Jano bifronte ya que Platón, en sus dos escritos sobre Retórica fundamentales, *Gorgias* y *Fedro*, planteó una ambivalencia consustancial: no existe sólo una Retórica, sino dos: una negativa, la de los sofistas, cuyo objeto es crear un efecto de verosimilitud al margen de la verdad ² y una positiva, la filosófica o del derecho que tiene como finalidad el descubrimiento de la verdad. Estas dos posturas protagonizarán un debate clásico sobre la Retórica: la Retórica como fuerza irresistible representada por Gorgias en su Encomio a Helena, y la visión estoica caracterizada por Catón en la que el retórico es el hombre que además de hablar de manera justa, es bueno. Esta división afecta sin duda a los lenguajes: uno es claro, no manipulado, y el otro resulta completamente afectado por los deseos particulares, distorsionando los hechos que pretende contar. Al mismo tiempo, la conciencia lingüística de este hecho, hizo que una gran parte de las investigaciones del siglo XX hayan ido encaminadas a la búsqueda de un lenguaje del que sea posible eliminar todos los rasgos de la subjetividad ³, tal como lo planeó por ejemplo Habermas cuando pretendía elaborar una situación de habla ideal donde poder expresar el interés común "sin llevarse a engaño" ⁴. Esto es sólo una muestra de cómo la Retórica ha arrastrado a lo largo del tiempo una sospecha de ser banal y engañosa ⁵. ¿Tal vez precisamente por eso se ha convertido también en la esperanza del método perdido en la postmodernidad?

Desde otro punto de vista, no debemos olvidar que para Aristóteles la Retórica era una *tekhné*, es decir "el medio para producir una de las cosas que pueden indistintamente ser o no ser, cuyo origen está en el creador, no en el objeto creado: no hay *tekhné* de las cosas naturales o necesarias" ⁶. La distinción aristotélica de *tekhné rhétorike* (acto de comunicación cotidiana) opuesto a *tekhné poiétike* (arte de la evocación imaginaria), comienza a confundirse en retóricos posteriores como Ovidio, Horacio, Plutarco, etcétera. Esta confusión se consagra en la Edad Media, donde las artes poéticas son ya artes retóricas: es una teoría de la literatura y un elenco de "formas correctas de escribir.". Esto hizo que el desarrollo de la Retórica se convirtiera en ciencia del lenguaje en la que prevalece el estudio de la *elocutio* (estudio de la ornamentación y ritmo), en detrimento de las otras dos partes fundamentales: inventio y dispositio. Cabría preguntarse en este punto si la nueva Retórica ha nacido con voluntad de ser una nueva *tekhné* al modo griego, ¿o se ha consolidado a partir de la confusión con la poética?

Durante el último medio siglo, la cantidad de escritos sobre Retórica que se han hecho dejan entrever claramente que el desprestigio del siglo XIX ha sido sustituido por un entusiasmo esperanzador. Sin embargo, una mirada a este tipo de trabajos nos hablan de una gran variedad de enfoques y puntos de vista que hace difícil una aproximación sistemática a los mismos. El trabajo de C. Perelman y L. Olbrecht-Tyteca, *Tratado de la argumentación* publicado en 1958 fue fundamental en cuanto intenta retomar esquemas básicos de la retórica grecolatina. Este trabajo parte de la distinción aristotélica que distinguía entre razonamiento analítico, basado en proposiciones necesarias; y razonamiento dialéctico que se funda en proposiciones probables, en lo verosímil, oponiéndose a partir de aquí a los postulados de la lógica formal (que se basaba en la identificación cartesiana de verdad y evidencia). El trabajo de Pérel-

man quería demostrar que este tipo de razonamientos son insuficientes para la Retórica porque no tienen en cuenta el carácter personal y temporal en el que se produce el conocimiento. Esta perspectiva ha resultado de lo más rentable porque con el desarrollo de los medios de comunicación de masas, la publicidad y el problema de la persuasión en general, hizo que la idea del razonamiento dialéctico⁷ de Aristóteles resultara de lo más apropiado para hacer frente a fenómenos complejos, de carácter lingüístico, narrativo y significativo, pero que podían explicarse sólo desde el punto de vista pragmático y en interacción entre fenómenos de diversa índole.

Después de la obra de Pérelman y Olbrechts-Tyteca han sido muchos los trabajos sobre lingüística, teoría literaria, filosofía, etcétera, que han tenido en cuenta la Retórica en sus presupuestos metodológicos⁸. A esta nueva retórica desarrollada a partir de los años sesenta se le ha dado el nombre de Neorretórica. Pero desde la obra de Perelman hasta nuestros días han ocurrido muchas cosas. El Estructuralismo y la semiótica, la crítica deconstructiva y los formalismos de distinta tendencia y proyección, el desarrollo de la Teoría de la Información, etcétera. Lo curioso es que todas estas disciplinas y algunas más que podríamos seguir enumerando, han sentido la tentación en algún momento de instituirse como disciplinas básicas a la hora de enfrentarse con la interpretación del estudio de los textos. Tampoco el desarrollo de la Neorretórica se ha librado de esta tentación, sobre todo en algunas obras que han querido ampliar el estudio de la Retórica y sus partes clásicas hasta convertirla en una gramática de los discursos, o tal como afirma Pozuelo Yvancos, en "una Teoría General Textual"⁹. La Neorretórica, en principio, parecía una solución bastante rentable a los problemas textuales, siempre y cuando se pudiesen retomar y desarrollar las partes de la Retórica aristotélica abandonadas a lo largo de los siglos, incluyendo el contenido del Libro II de La Retórica de Aristóteles¹⁰: el problema del receptor. Aristóteles concebía la Retórica como un proceso dialéctico entre el orador, aquél que aparece como oponente y el público al que se dirigía el texto, pues era este una parte activa a la que estaba en todo caso dirigido el mensaje y aquél a quien es necesario conmover. "Son las pasiones aquello por lo que los hombres cambian y difieren para juzgar, y a las cuales sigue pena y placer; tales como la ira, compasión, temor, y las demás semejantes, y sus contrarias"¹¹.

En definitiva, la Neorretórica, parece poder ofrecer la posibilidad de integrar un elemento olvidado en las teorías interpretativas clásicas y estructuralistas, y que se había vuelto fundamental para la crítica después de la Teoría de la Recepción desarrollada en los años setenta. La Neorretórica quiere ser así una disciplina textual con voluntad de integrar problemas que tienen que ver tanto con la Teoría Literaria como con la Lingüística en General, una especie de marco interdisciplinar necesario actualmente ante la desintegración de los grandes proyectos estructuralistas. Esto ha sido posible porque ya en su origen, Aristóteles había concebido la Retórica como una disciplina de síntesis entre la Dialéctica, la Poética, y la Ética. Hoy en día, se presenta como un punto de encuentro ente la Semiótica, la Pragmática, la Lingüística General o la Teoría de la Información. Por otra parte, la Neorretórica ha pretendido ser la salvadora de la dispersión y atomización de la crítica actual así como de la sensación de superproducción teórica de los últimos tiempos.

Pero para que este proyecto pudiera llevarse a cabo, era necesaria la redistribución de los conceptos de *Inventio* y *Dispositio*, tal como propone García Berrio¹². Se debe sobre todo, cuestionar la identificación entre *Inventio* como semántica y *Dispositio* como sintaxis¹³. Pero ¿cómo se puede hacer según el autor esa reordenación? En primer lugar, no está claro el lugar que debe ocupar la *Inventio* porque no basta la mera descripción de tópicos clásicos. La *inventio* debe ser considerada un conjunto de operaciones universales de naturaleza semántico-hermenéutica donde estudiar los actantes, la focalización, etcétera. También debe ser una descripción de lugares comunes, depósito de temas de la memoria colectiva. En este caso, señala García Berrio la necesidad de la construcción de una tópica textual de naturaleza arquetípica en cada género. Por último, una tercera vía sería un conjunto de ideogramas de los que se nutren los textos.

La propuesta para la *Dispositio* sería la más rentable porque está totalmente afectada por la pragmática (es la parte más intencionalizada por parte del orador) y la que más tiene la capacidad de influir en el oyente-receptor, la más "completa" en cuanto "es un proceso de semiosis que incluye en sí misma una Semántica, una Sintaxis y una Pragmática". En definitiva, para que esta parte de la Retórica clásica sea rentable al proyecto de la Neorretórica, no hay que entenderla como una parte descriptiva del discurso, sino como generativa del mismo.

Hasta aquí la propuesta de la Neorretórica que como teoría general que pretende ser de los discursos no se enfrenta a una cuestión fundamental que ha afectado a la crítica de los últimos años: el problema de la lectura y la interpretación. Si estos temas han hecho que edificios más sólidos como el Estructuralismo acabara quebrándose ¿por qué la Neorretórica no los tiene en cuenta? Tal vez porque en el fondo, la Neorretórica pretende reaccionar en contra de lo que considera el principal problema de la crítica textual actual: la aparente dispersión de teorías y la deriva infinita de la significación después de que la Deconstrucción haya triunfado, si no como método analítico, sí como tendencia más o menos difusa en toda la crítica textual actual, y se olvida de otro problema al que debe enfrentarse. La reacción normal al problema de la deconstrucción parece ser el deseo de desarrollar un método que valga tanto para la generación como para el análisis de discursos, justo lo que ha sido la Retórica en su origen. Sin embargo, creo que, el volver simplemente la cabeza al pasado, no nos libra de nuestra historia más reciente. Cuando Umberto Eco escribía *Obra abierta* o la Escuela de Constanza hablaba de la necesidad de desarrollar una estética de la recepción para interpretar fenómenos literarios, algo se movió de una manera definitiva no sólo para la teoría literaria, sino para la interpretación de fenómenos no sólo textuales sino incluso comunicativos en general. Sin duda ha asustado la deriva deconstructiva que ha supuesto el tener en cuenta los fenómenos de recepción en la crítica, porque al fin y al cabo, no hemos sido capaces de salvar la distancia que sabemos que existe entre el lector empírico y el lector modelo de Eco. Sin embargo, el darnos cuenta de que existe un problema metodológico no debe en ningún caso suponer una renuncia, tal como hace Umberto Eco, cuando se da cuenta que después de *Obra abierta* ha conseguido unos efectos perversos en cuanto a la teoría de la recepción: el otorgar el significado a un texto recae en el lector, pero éste interpreta

a partir de una serie de instrucciones que el texto mismo proporciona; el problema de la deriva significativa está ahí pero debe ser contestada en trabajos como *Los límites de la Interpretación o Interpretación y sobreinterpretación* y buscar los mecanismos teóricos que explican el hecho si queremos "razonable" de que sabemos que de un texto puede haber varias interpretaciones aceptables, pero otras las consideramos totalmente erróneas.

En definitiva, creo que una teoría textual con pretensiones de ser generalizadora, debe hacerse cargo de los problemas teóricos que plantea la recepción y la lectura, y que implica el asumir la forma en que la teoría textual ha sido afectada por la revolución comunicativa, del mismo modo que debe hacer frente al hecho de que todos los textos escritos hayan pasado a considerarse por igual como el fruto textual de la humanidad. Es decir, el problema de otorgar el mismo estatuto ontológico a la filosofía, la literatura o la escritura científica. Porque si todo es mero textualismo sin posible referencia a la verdad, toda propuesta cognitiva es entonces una ficción, se crea a partir de sus reglas y sigue generando acción y entendimiento propios. Un intento de crear una Neorretórica es válido siempre y cuando no niegue el tiempo que le ha tocado vivir. El dogmatismo de una escuela o tendencia concreta puede ser positiva para un determinado análisis crítico, pero no debemos olvidar conceptos como el de multidisciplinariedad han dado a nuestra época un aire de eclecticismo que, por otra parte, ha generado también discursos a veces muy interesantes sobre los textos.

Un intento de construir un nuevo método interpretativo general, debe pasar, en definitiva, no por reconstruir simplemente unos principios retóricos clásicos, porque, como hemos visto, ni siquiera en sus orígenes grecorromanos la Retórica fue una disciplina homogénea, sino por asumir los retos que la sociedad y la crítica postestructuralista plantea, porque tal como afirma Enrique Lynch en su libro *La lección de Sheherezade*:

"La determinación -o la sospecha- de la naturaleza narrativo/ficcional de toda argumentación filosófica no conlleva tener que abandonar la voluntad de verdad"¹⁴

NOTAS

¹ BARTHES, Roland (1990), "La Retórica Antigua", en *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, pág. 86.

² Sócrates declara en *Gorgias* de Platón: "No es necesario que la Retórica instruya sobre la naturaleza de las cosas; le basta con inventar cualquier medio de persuasión que la haga parecer a los ojos de los ignorantes más sabia que los que realmente saben".

³ Estos intentos han estado siempre presentes paralelos a la conciencia subjetiva del lenguaje, presente tanto en las "máquinas lingüísticas" desarrolladas en el siglo XVII, como en la búsqueda de un lenguaje que se adapte a los ordenadores en la actualidad.

⁴ Jürgen Habermas, (1975) *Legitimation Crisis*, Boston. Pág. 108

⁵ Un trabajo interesantísimo en cuanto a este tema es el de Stanley Fish, *Práctica sin teoría: retórica y cambio en la vida institucional*, Barcelona, Destino, 1992.

⁶ BARTHES, Roland. *IBID.* Pág. 94

- ⁷ Par los sofistas, la interacción argumentativa era dialéctica. La palabra "dialéctica" tiene múltiples sentidos. Se aplica en los estudios de argumentación a una forma de diálogo razonado, conducido por unas reglas precisas. Un proponente se enfrenta a un oponente ante un público cuyas reacciones arbitran el debate; preguntas y respuestas se suceden siempre de manera ordenada.
- ⁸ Como ejemplo se puede citar los ya clásicos: H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, de 1960; de S. E. TOULMIN, *The uses of argument*, Del GRUPO M, *Retórica General*, de 1970; de C. L. HAMBLIN, *Fallacies*, también de 1970; De J. C. Anscombe y O. Ducrot, *La argumentación en la lengua*, de 1983; J. Moeschler, *Argumentation et conversation*, de 1985... y un largo etcétera.
- ⁹ POZUELO YVANCOS, José María, (1992) *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra.
- ¹⁰ ARISTÓTELES, *Retórica*, (1990), Madrid, Centro de Estudios Constitucionales. (Edición de Antonio Tovar).
- ¹¹ ARISTÓTELES, *IBID*, (II,1).
- ¹² Vid. GARCIA BERRIO, Antonio, (1989), *Teoría de la Literatura*, Madrid, Cátedra.
- ¹³ La Elocutio estaba en cambio asimilada a la morfología, sintaxis y semántica.
- ¹⁴ LYNCH, Enrique, *La lección de Sheherezade*, Barcelona, Anagrama, 1987. Cit. pág. 13.